
Resumen: Este artículo se fundamenta en la obra de Ivan Illich, principalmente en su libro *La convivencialidad* (1974 [1973]). Illich desarrolla una crítica de la industrialización y de la insostenibilidad de aquello que se denomina desarrollo, a partir de la cual comienza a ensayar modos alternativos de existir, de estar con los otros y de estar en el mundo. En este recorrido, Illich anticipa cuestiones que el diseño solo comenzará a explorar a finales del siglo XX, influyendo en diversos autores del campo y, en particular, en el diseño para la sostenibilidad, el codiseño y otros enfoques afines, tales como el diseño para la innovación social y el diseño autónomo. El objetivo principal de este artículo es discutir estas anticipaciones y articularlas en la formulación del diseño convivencial, entendido como un ethos proyectual fundamentado en su idea de convivencialidad, mediante el cual se busca inspirar y transformar las prácticas del diseño. El análisis de su obra permite identificar tres movimientos metodológicos hacia un diseño convivencial: realizar una crítica del statu quo; imaginar propuestas alternativas; y cualificar cuidadosamente el ethos de dichas alternativas.

Palabras clave: Ivan Illich - Convivencialidad - Codiseño - Sostenibilidad - Diseño convivencial

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 146]

(1) Ver CV en pág. 147

Introducción

El objetivo principal de este artículo es discutir las anticipaciones de Ivan Illich y articularlas en la formulación del diseño convivencial, entendido como un ethos proyectual fundamentado en su idea de convivencialidad, mediante el cual se busca inspirar y transformar las prácticas del diseño. Se considera que dicha formulación puede contribuir a la exploración de las cuestiones planteadas por la convocatoria de este número especial de

los Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo, sobre Utopía Difusa. Miradas y construcciones ante la violencia circundante. Sin embargo, es necesario precisar que la formulación del diseño convivencial no constituye una respuesta directa a esta convocatoria, habiendo surgido en el ámbito de las teorías del posdesarrollo y de la ecología política (omissis).

Nacido en Austria en 1926 y formado en Italia, Illich fue ordenado sacerdote en 1951, año en que se trasladó primero a los Estados Unidos, luego a Puerto Rico y, finalmente, a México. En Cuernavaca, ciudad próxima a la capital mexicana, Illich fundó el Centro de Formación Intercultural (CIF), orientado a misioneros y a otros interesados en actuar en América Latina. En este centro desarrolló un enfoque singular para la relación entre las Américas, basado en el reconocimiento de la autonomía y de las particularidades culturales de los distintos lugares, y no en subsidios o intervenciones. El progresivo endurecimiento de sus posiciones lo llevó a trasladarse al Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), una ramificación del CIF que, sin embargo, operaba de manera independiente. En el CIDOC, Illich publicó, en rápida sucesión, una serie de análisis incisivos sobre las estructuras sociales modernas de Occidente, incluyendo *La sociedad desescolarizada* (1971 [1971]), *La convivencialidad* (1974 [1973]), *Némesis médica* (1976 [1974b]) y *Energía y equidad* (1974c [1974d]). La convivencialidad resultó particularmente influyente en el campo del diseño y continúa despertando interés. Reexaminar el pensamiento de Illich hoy puede contribuir a diversas elaboraciones en este campo, especialmente aquellas que enfrentan desafíos como la búsqueda de alternativas ecológicas, el avance social efectivo, la incorporación de perspectivas decoloniales y el desarrollo de un diseño genuinamente latinoamericano.

En esta dirección, se destaca la influencia de Illich sobre autores como Gui Bonsiepe. En su emblemática obra *El diseño de la Periferia*, Bonsiepe subraya la importancia de que los diseñadores se concentren en el proyecto de productos “emancipatorios” o, precisamente, “convivenciales”, “objetos diseñados y concebidos de tal manera que realmente funcionan como medio para ganar más libertad y autodeterminación” (1982, p. 111). El autor llegó a anticipar la posibilidad de un diseño convivencial, en cuanto expresión de una “metodología proyectual alternativa” (Bonsiepe, 2012, p. 96), así como de un “diseño en la Periferia”, capaz de operar fuera de los centros de poder del mundo globalizado (Bonsiepe, 2011, p. 249).

En esta dirección, aquí la noción de diseño convivencial se propone como un ethos proyectual para evaluar, sensibilizar y, de este modo, perfeccionar las maneras existentes de hacer diseño, en diálogo con la idea de convivencialidad formulada por Illich.

Antes de avanzar en la formulación del diseño convivencial, es importante retomar con mayor atención la obra *La convivencialidad*, en la que se establecen las bases críticas y conceptuales que sustentan esta propuesta. A continuación, el artículo identifica una serie de anticipaciones presentes en el trabajo de Illich en relación con el discurso del diseño, especialmente en el campo del diseño para la sostenibilidad y del codesign. Por último, se presentan algunas consideraciones para la evolución del diseño hacia una práctica convivencial, sugiriendo movimientos metodológicos orientados a la construcción de un ethos proyectual crítico, responsable y cuidadoso, portador de autonomía y capaz de sostener la apertura hacia pluriversos de utopías realizables.

La convivencialidad de Ivan Illich

La obra de Ivan Illich desarrolla una fuerte crítica al modo de producción industrial, tanto de bienes como, y sobre todo, de servicios. De hecho, se concentra en sistemas especialmente vinculados a los servicios, como la escuela, los transportes y la salud, entre otros. En La convivencialidad, Illich demuestra que la industrialización impone un modelo de desarrollo hipertráfico y programáticamente insostenible. La producción industrial se convierte rápidamente en un monopolio entre las diversas formas posibles de producción, expande progresivamente su influencia sobre todos los procesos sociales y, finalmente, subyuga a toda la sociedad. La técnica se sobrepone a la ética y se produce una inversión en la relación entre medios y fines, en la que personas, organizaciones e instituciones, sin siquiera darse cuenta, pasan a servir a los medios que deberían servirles (véase 1974, p. 27). Se manifiesta, así, una ética de la productividad que orienta la acción humana únicamente hacia la reproducción del programa industrial, con ritmos de crecimiento exponenciales.

Illich describe la hipertrofia de los sistemas analizados y la superación de sus “umbrales de mutación”, que hoy denominaríamos tipping points, a medida que se desarrollan según las lógicas de la industrialización (1973, pp. 15-24). Más allá de estos umbrales, los sistemas no solo pierden eficiencia, sino que también se vuelven contraproducentes. Cerca de dos décadas antes de la difusión de conceptos como la ‘huella ecológica’ o el ‘triple balance de la sostenibilidad’, es decir, antes incluso de la difusión del propio concepto de ‘sostenibilidad’, Illich sugiere la necesidad de alcanzar un “equilibrio múltiple”, identificando diversos umbrales de mutación y, de este modo, estableciendo los límites del desarrollo (1973, pp. 15-24, 67-70). En los años setenta, un período marcado por la crisis del petróleo y por la creciente afirmación de la conciencia ecológica en la sociedad, Illich cuestiona, con fundamento, la degradación del medio ambiente y comienza a concentrarse en cuestiones más directamente vinculadas a la esfera humana.

Es importante subrayar que la obra de Illich no se limita a un análisis crítico, sino que es marcadamente propositiva. La convivencialidad es, ante todo, una propuesta que, al oponerse a la ética de la productividad como valor único, sugiere superar las distorsiones introducidas por la industrialización:

Bajo *convivencialidad* entiendo lo inverso de la productividad industrial. Cada uno de nosotros se define por la relación con los otros y con el ambiente, así como por la sólida estructura de las herramientas que utiliza. Éstas pueden ordenarse en una serie continua cuyos extremos son la herramienta como instrumento dominante y la herramienta convivencial. El paso de la productividad a la convivencialidad es el paso de la repetición de la falta a la espontaneidad del don. La relación industrial es reflejo condicionado, una respuesta estereotipada del individuo a los mensajes emitidos por otro usuario a quien jamás conocerá a no ser por un medio artificial que jamás comprenderá. La relación convivencial, en cambio siempre nueva, es acción de personas que participan en la creación de la vida social. Trasládase de la productividad a la convivencialidad es sustituir un valor técnico por un valor ético, un valor material

por un valor realizado. *La convivencialidad es la libertad individual, realizada dentro del proceso de producción, en el seno de una sociedad equipada con herramientas eficaces* (1974, p. 27, cursivas en el original).

De este modo, Illich invoca una toma de conciencia sobre la industrialización y sus procesos de sujeción de la sociedad, mediante los cuales las personas pasan a servir al propio modo de producción industrial. Por consiguiente, para recuperar la relación entre medios y fines, es necesario restituir el control de las personas sobre los medios. Illich denomina “sociedad convivencial a aquella en que la herramienta moderna está al servicio de la persona integrada a la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que el hombre controla la herramienta” (1974, p. 13).

En Illich, el término ‘herramienta’ es un nombre abstracto, no concreto. No remite necesariamente a un mero objeto, como un martillo, sino que puede indicar también un arreglo organizacional o incluso un sistema social entero, como la escuela, los transportes o la salud. Ante todo, designa aquello que contribuye a tejer la relación del ser humano con el mundo. Illich sugiere la posibilidad de ordenar las herramientas en una serie de tal modo que, en un extremo, se encuentre la herramienta dominante, utilizada por especialistas, y, en el extremo opuesto, se encuentre precisamente la herramienta convivencial (1974, p. 27), a disposición de las personas en general. A continuación, ofrece la siguiente definición:

La herramienta es convivencial en la medida en que cada uno puede utilizarla sin dificultad, tan frecuente o raramente como él lo desee, y para los fines que él mismo determine. El uso que cada cual haga de ella no invade la libertad del otro para hacer lo mismo. Nadie necesita de un diploma para tener el derecho de usarla a voluntad; se la puede tomar o no. Entre el hombre y el mundo ella es un conductor de sentido, un traductor de intencionalidad (1974, pp. 42–43).

La herramienta convivencial está a disposición del ser humano para que pueda perseguir sus propios fines, de manera consciente y respetando a los demás. De este modo, al restituirse la relación entre medios y fines, la herramienta ayuda al ser humano a expresar libremente su acción de forma autónoma y creativa. En las versiones del libro de Illich en las lenguas romances, el autor emplea el término “autonomía creadora” para indicar que la posibilidad de actuar con intencionalidad, manejando con propiedad sus herramientas, amplifica la creatividad de la persona (1974, p. 30).

Esta autonomía no es independencia, pues implica vínculos sociales y se realiza a través de ellos y, más específicamente, mediante la relación convivencial, que “es acción de personas que participan en la creación de la vida social” (1974, p. 27), en la creación de una convivencia que sea equitativa y buena para vivir.

En esta dirección, resulta notable la dedicación de Illich a detallar las cualidades relacionales implicadas en su propuesta. Al final de la introducción de *La convivencialidad*, presenta el concepto de *eutrapelia* (1974, p. 13), un término griego derivado de Aristóteles y Tomás de Aquino. Illich comienza por rescatar el concepto de ‘austeridad’ de la connotación severa que lo caracteriza hoy y observa que Tomás de Aquino “definió la austeridad

como una virtud que no excluye todos los placeres, sino únicamente aquellos que degradan la relación personal” (1974, p. 13). De este modo, argumenta Illich, la austeridad es necesaria para la amistad y para la emergencia de la *eutrapelia* aristotélica, es decir, una disposición del espíritu que constituye la base de una convivencia armónica, alegre y jovial entre las personas.

Anticipaciones al discurso del diseño

La propuesta de Ivan Illich es, sin duda, radical. A oídos de algunos, suena como una utopía, tan indispensable como irrealizable, mientras que, para otros, se presenta como una temible distopía. Aquí se desea destacar, ante todo, su carácter pionero y la lucidez con la que enuncia los límites de un desarrollo sin límites.

En esta dirección, la obra de Illich ofrece anticipaciones para diversas teorías y aplicaciones contemporáneas. Para evitar cualquier anacronismo, se aclara que el concepto de anticipación no se emplea en el sentido de previsión o, más ampliamente, de proyección consciente del futuro, sino como una actividad propositiva que, aunque situada en su propio tiempo, se revela influyente para debates posteriores.

Su propuesta influye profundamente en el campo proyectual, al menos en sus vertientes más alternativas, como el diseño radical, una vanguardia italiana que practicó el diseño de manera crítica durante las décadas de 1960 y 1970. En 1973, Andrea Branzi sugirió que los diseñadores deberían apropiarse de los contenidos de *La sociedad desescolarizada*, posteriormente desarrollados en la convivencialidad, trasladarlos a sus prácticas y utilizarlos para interpretar e intervenir en la ciudad. Al asumir las preocupaciones de Illich sobre la inversión entre medios y fines que caracteriza a la industrialización, Branzi planteó la oportunidad de una crítica radical a las instituciones, tanto educativas como urbanas, para que ofrezcan formas de trabajo más espontáneas, libres y creativas y, de este modo, estimular la autonomía creadora.

En las décadas siguientes, la influencia crítica de Illich continuó resonando en el diseño y, a mediados de los años noventa, Carl Mitcham buscó a Illich para dilucidar las consecuencias de su pensamiento para este campo. En *Anti-Design: Notes for a Manifesto on Modern and Postmodern Artifice*, título de un texto inacabado, afirmaron de forma cáustica que:

Contra la creencia ampliamente promovida de que el diseño es algo que todos los seres humanos hacen y siempre han hecho a lo largo de la historia, pero que ahora deben hacer de manera más consciente y rigurosa que nunca, el diseño es algo que tuvo una historia. Sus orígenes se remontan al ascenso de la modernidad, y casi con certeza llegará a su fin con el proyecto moderno. De hecho, tenemos la obligación no tanto de promover el diseño, sino de aprender a vivir sin él, resistir sus seducciones y apartarnos de su influencia invasiva y corruptora (Mitcham, 2003, p. 29, traducción del autor).

Si estas palabras resultan excesivamente vehementes, debe recordarse que críticas semejantes ya habían sido formuladas por autores del propio campo del diseño, como Victor Papanek, para quien únicamente la publicidad, quizá, era más perjudicial y engañosa que el propio diseño (1971, p. IX).

Aun así, hasta hoy, Illich y Papanek inspiran a muchos diseñadores en la búsqueda de formas alternativas de proyectar, especialmente a aquellos que practican enfoques de diseño para la sostenibilidad y el codiseño, estrechamente entrelazados entre sí. Las dos secciones siguientes abordarán las anticipaciones de Illich en la elaboración de estos enfoques.

El análisis de la obra de Illich es relevante no solo para afirmar la importancia de su contribución, sino también porque continúa sorprendiendo. Décadas después, diversos pensadores del campo del diseño llegan a comprensiones cercanas a las propuestas por Illich y comienzan a inspirarse en la convivencialidad, entendida, según Tony Fry, “como una ética social que contribuye a desplazar los modos habituales de pensamiento y acción (el *habitus*)” (2019, p. 134, traducción del autor).

Cabe destacar que lo que más sorprende de Illich en el campo proyectual no es solo la agudeza de su crítica, que Arturo Escobar considera “la crítica cultural más aguda del desarrollo” (2007, p. 22), sino también la capacidad creativa y prospectiva con la que transita de la crítica a la proposición. El propio Escobar, por ejemplo, sitúa a Illich como precursor de los diversos discursos para la transición que hoy animan el campo del diseño:

El surgimiento de visiones para la transición lleva décadas, como lo sugiere la propuesta de Illich de transición del modo industrial de producción a una era de la convivencialidad, ya mencionado en la introducción. Sin embargo, se ha intensificado en años recientes. De hecho, la emergencia de narrativas, imaginarios y propuestas para la transición en varios espacios de la vida académica y activista en la última década es uno de los signos más anticipatorios de nuestro tiempo (2016, p. 158).

Anticipaciones al discurso del diseño para la sostenibilidad

La crítica de Illich se dirige especialmente a un diseño industrial entendido como una de las herramientas dominantes mediante las cuales la industrialización mantiene el monopolio sobre las otras posibles formas de producción. Solo especialistas altamente cualificados pueden operar la herramienta de este diseño industrial, siguiendo los procedimientos protocolares que les son asignados, cuyos outputs se convierten en inputs para las etapas siguientes, componiendo así la poderosa cadena productiva. El diseñador, de hecho, a menudo recibe investigaciones de múltiples especialistas disciplinares y briefs empresariales, los elabora y los transforma en dibujos, modelos y prototipos. Estos son luego transferidos a los ingenieros, quienes realizan detallamientos y pruebas y, eventualmente, remiten sus resultados a los especialistas de la etapa siguiente.

La cadena se extiende hasta la producción y comercialización de los artefactos industriales, entre los cuales, conforme a la lección de Illich, podemos incluir indistintamente tanto productos como servicios. En esta dirección, no solo el diseño de producto, sino también el diseño de servicios podría ser subsumido bajo el diseño industrial, lo que constituye un avance notable para la comprensión del campo proyectual. En su crítica a la industrialización, Illich no se centra en el sector secundario, sino en el terciario, abordando el sistema escolar, el transporte o la salud, es decir, algunos de los principales *loci* de elaboración del diseño de servicios. Precisamente en el sector terciario proliferan los engranajes más abstractos de la máquina industrial: relaciones y procesos interorganizacionales, intersectoriales, internacionales, etc., que comienzan a escapar a nuestra comprensión. Estas dinámicas posibilitan un aumento exponencial de la productividad y una aceleración del ritmo de consumo, incluyendo los bienes producidos por el sector secundario.

Solo en la década de 1990 la comunidad del diseño comenzó a interesarse por el diseño de servicios. En la búsqueda de la sostenibilidad, se comprendió que no bastaba con proyectar productos más sostenibles que los anteriores, pero aún así no sostenibles. Se volvió claro que la actividad proyectual necesitaba considerar todo el ciclo de vida del producto, abarcando etapas que se extienden por el sector terciario, tales como comercialización, distribución, uso, reutilización, reciclaje y disposición final. De este modo, el interés comenzó a centrarse en los procesos para proyectar sistemas producto-servicio (véase Manzini, 1990; Mauri, 1996).

Este es un desplazamiento fundamental en los estudios sobre diseño para la sostenibilidad, como indican Fabrizio Ceschin e İdil Gaziulusoy (2016). Sin embargo, según estos autores, este desplazamiento pronto se reveló insuficiente, pues la expansión hacia el sector terciario no constituye una alternativa concreta. Por el contrario, a menudo termina intensificando la producción industrial, en ritmos y escalas cada vez mayores. En otras palabras, gracias a la industria de los servicios, la industria manufacturera continúa produciendo una cantidad creciente de productos que, quizá, pequeño consuelo, son apenas un poco más sostenibles.

En esta dirección, Manzini y François Jégou comenzaron a evidenciar la necesidad de un proceso de innovación social que conduzca a una discontinuidad sistémica: “una forma de cambio en la que, una vez concluida, el sistema en cuestión (en este caso, el complejo sistema sociotécnico que está en la base de las sociedades industriales) será diferente, estructuralmente diferente de lo que hemos conocido” (2003, p. 37, traducción del autor). Para ello, es necesario desarrollar una “nueva idea de bienestar” sostenible, ya no asociada al crecimiento continuo de la capacidad productiva y de consumo de la sociedad, sino a la mejora de la calidad del tejido socioambiental. Precisamente por ello, tal cambio no debería ser impuesto ni recaer sobre la sociedad, sino ser buscado por ella, pues se inscribe en el horizonte de un futuro deseable (2003, pp. 39, 47). En esta dirección, la red Design for Social Innovation and Sustainability (DESI), de la cual Manzini y Jégou forman parte, promueve la formación de redes de diseño que articulan diferentes actores en procesos de codiseño e innovación social, permitiendo imaginar y concretar esta nueva idea de bienestar sostenible, junto con los escenarios alternativos que la acompañan (Manzini y Jégou, 2003; Manzini, 2017).

Este pasaje del diseño de artefactos (productos, sistemas producto-servicio o servicios, según el caso) hacia un diseño que prospecta y fomenta procesos de cambio social radical es determinante en la evolución del discurso del diseño para la sostenibilidad, y directa o indirectamente abrió el camino a la elaboración de una serie de enfoques metodológicos importantes, como, por ejemplo, el diseño para la transición (Irwin, 2015; Escobar, 2018) y el diseño regenerativo (Wahl, 2020).

La convivencialidad de Illich anticipa claramente estas propuestas. Con su análisis de la industrialización, Illich evidenció la necesidad de evaluar la organización social y su impacto en diversas dimensiones, incluyendo la ambiental, pero también las de carácter socioeconómico. Afirma, entonces, la necesidad de alcanzar un equilibrio multidimensional y, para ello, se centra en la racionalidad o, más precisamente, en la irracionalidad de los procesos que caracterizan la industrialización. Para Illich, no se trata únicamente de redirigir la trayectoria del desarrollo industrial para mitigar su impacto en los procesos ecológicos planetarios, sino de vislumbrar y practicar formas alternativas de organización social. En la versión italiana de *La convivencialidad* (1973b), el autor advierte, por cierto, que los intentos de reorganización industrial de los años setenta, inspirados únicamente en la limitación del uso de combustibles fósiles y otros recursos naturales, estaban destinados al fracaso. Décadas después, el diseño finalmente llegó a estas conclusiones y comenzó a buscar la sostenibilidad mediante la elaboración de otras formas de convivir y habitar la Tierra, como la convivencialidad. Como afirma John Thackara en su libro *Plano B*, “treinta años por delante de nosotros, Illich defendía la creación de situaciones y localidades convivenciales y productivas” (2005, p. 75, traducción del autor).

Así, Illich sugiere que, tras la crítica, es necesario proponer alternativas. Por encima de todo, *La convivencialidad* propone alternativas orientadas al florecimiento mutuo, tanto entre las personas como entre estas y su entorno. Manzini y Jégou llegan a una proposición similar al buscar la sostenibilidad mediante una discontinuidad sistémica que solo puede alcanzarse formulando una nueva idea de bienestar capaz de promover mejoras sociales y ambientales (2003).

Sin embargo, el concepto de bienestar puede interpretarse de forma ambigua y, como revela Illich (1973, p. 20, 32-33), puede restringirse a la evaluación de las condiciones físicas o económicas de un individuo. En este sentido, se destaca el cuidado con el que identifica una serie de conceptos para expresar mejor su idea de convivencialidad, como austeridad y *eutrapelia*, con el fin de aclarar sus principios éticos y políticos y evitar ambigüedades. Esta preocupación por cualificar las alternativas posibles representa una contribución sustancial al discurso del diseño.

Las propuestas metodológicas de diseño rara vez explicitan los principios éticos y políticos que las orientan, aunque las posiciones de sus autores puedan ser claramente percibidas por un lector atento. ¿Cuál es el propósito de no abordar estos principios de manera más franca? La lectura de Illich sugiere la necesidad de cualificar los cambios que los enfoques proyectuales buscan promover, yendo más allá de los aspectos técnicos de los procesos elaborados para alcanzarlos. ¿Cuáles son las cualidades de las innovaciones y de las transiciones pretendidas?

Anticipaciones al discurso del codiseño

Como se describió en la sección anterior, el diseño para la sostenibilidad comienza operando en una dimensión técnica, relacionada con el desarrollo de productos y, posteriormente, de servicios, y alcanza una dimensión sociotécnica, vinculada a la transformación sistémica de la sociedad. En este cambio de enfoque, el diseño para la sostenibilidad exige aportes teórico-metodológicos desarrollados en el discurso del codiseño, que abarca los diversos enfoques proyectuales que pueden ir acompañados del prefijo ‘co-’, “significando juntos, mutuo, común” (Scrivener, 2005, p. 1), como el diseño participativo o el diseño para la innovación social. El codiseño se emplea, por tanto, como un término paraguas, dotado de un amplio espectro semántico, que permite integrar estos distintos enfoques. Es importante enfatizar que estos enfoques, a su vez, se están orientando hacia el diseño para la sostenibilidad, a medida que el cambio climático hace que esta cuestión sea cada vez más urgente. En este sentido, Elizabeth Sanders y Pieter Jan Stappers (2005) relacionan el codiseño con “una transformación hacia formas más sostenibles de vivir en el futuro” (Sanders; Stappers, 2005, p. 5). Destacan que “el pensamiento participativo es antitético al consumismo” y que, en una sociedad donde la actitud consumista predomina y la felicidad se asocia al consumo pasivo de bienes materiales, es poco probable que las personas se involucren activamente en experiencias cocreativas o expresen creatividad (2005, p. 9). Para que estas condiciones cambien, es necesaria, por tanto, una dinámica de refuerzo mutuo entre el desarrollo de habilidades cocreativas y la búsqueda de la sostenibilidad. Sanders y Stappers, de hecho, están profundamente inspirados en el trabajo de Illich. Defienden la creatividad colectiva y la creatividad que reside en cada persona, no solo la de los creativos profesionales (Sanders; Stappers, 2005, p. 9). Además, reconocen las habilidades del diseñador experto y sugieren que se pongan a disposición de la elaboración de procesos cocreativos. A ello, más recientemente, Manzini añade la contrapropuesta dialógica del “diseño difuso” como respuesta al “diseño experto” (Manzini, 2015, p. 47-50). Para estos autores, es posible reconocer la advertencia de Illich sobre los riesgos de la especialización, resultado directo de la “sobreprogramación” en la sociedad moderna e industrial (1974, p. 81-95). Illich observa cómo la industrialización desequilibra la relación entre los distintos tipos de saberes presentes en la sociedad. Reduce aquel “saber que proviene de las relaciones creativas entre el hombre y su medio”, espontáneo y difuso, en favor de aquel detentado por los especialistas, “el saber cosificado del hombre movido por su medio instrumentado”, que es “resultado de un amansamiento intencional y programado” (1974, p. 81-82).

De acuerdo con Illich, en las comunidades tribales, “el saber es compartido muy equitativamente entre la mayoría de sus miembros: cada uno sabe la mayor parte de lo que todo el mundo sabe” (1974, p. 82). Incluso en otras organizaciones sociales aún no industriales, donde la división del trabajo se vuelve más pronunciada y algunas personas desarrollan determinadas actividades con maestría, todos conservan la capacidad de comprender y ejercer los diversos oficios. Según Illich, “este juego combinado de una información ampliamente extendida y de la aptitud general de sacarle partido, caracteriza a una sociedad donde prevalece la herramienta convivencial” (1976, p. 82). Por el contrario, en las

sociedades industriales, con las herramientas dominantes, se produce una progresiva delegación de saberes y competencias a los especialistas, lo que implica la institución de su autoridad sobre ellos y, en la práctica, la exclusión de las personas comunes de su ejercicio. A partir de estos aportes, la convivencialidad puede inspirar avances metodológicos en procesos de diseño orientados a mejorar la vida de las personas, y que podrían ser concebidos y realizados por las propias personas o, al menos, con ellas, y no únicamente por especialistas ajenos a esa vida y que poco o nada saben de ella. En situaciones en las que los saberes son difusos y existen competencias compartidas en el uso de herramientas convivenciales, la convivencialidad de Illich, con su autonomía creadora, inspira formulaciones como el “diseño autónomo” de Escobar, que, según el autor, comienza “con la premisa de que toda persona o colectivo es practicante de su propio saber” y debe entenderse como expresión de las comunidades en el “diseño de sí misma: sus organizaciones, sus relaciones sociales, sus prácticas cotidianas, sus formas de conocimiento, su relación con el medio ambiente, etcétera” (2016, p. 210).

En esta apertura del proceso proyectual, sus técnicas y herramientas han ido cambiando sensiblemente. Desde hace aproximadamente quince años, se han publicado diversos manuales y toolkits con la intención de poner a disposición la experiencia de profesionales comprometidos con la práctica del diseño en comunidades y contextos sociales, incluso por reconocidas agencias de diseño (Ideo, 2009; Frog, 2012). Con frecuencia, estas publicaciones ofrecen procedimientos paso a paso para la realización de actividades, además de una secuencia de templates de trabajo destinadas a las personas invitadas a participar en el proceso de diseño colaborativo. Pero ¿cuáles son las cualidades de la participación y de la colaboración proyectual que se buscan mediante estos métodos y herramientas de diseño? ¿Las personas participantes logran expresar su imaginación y manejar las herramientas con autonomía creativa? ¿O los profesionales del diseño, precisamente mediante estas herramientas, continúan manteniendo el control sobre el proceso y sobre las propias personas implicadas? Sanders y Stappers publicaron *Convivial Toolbox: Generative Research for the Front End of Design*, un libro expresamente dedicado a Ivan Illich, que dialoga con estas cuestiones. En lugar de dirigirse exclusivamente a diseñadores expertos, los autores afirman que su público son “las personas que desean cambiar para mejorar la forma en que vivimos, trabajamos y nos divertimos” (2012, p. 9, traducción del autor). Aunque es fruto del trabajo de dos diseñadores e investigadores experimentados y, por tanto, ampliamente leído por académicos, estudiantes y profesionales del área, el libro fue escrito con el cuidado de ser accesible a un público más amplio. Para ello, los autores adoptan un lenguaje natural, evitando abstracciones excesivas y elaboraciones técnicas. Esta elección revela una clara intención de ampliar el debate sobre el diseño, haciéndolo más inclusivo.

En el prefacio, destacan que su comprensión de la herramienta convivencial puede inspirar:

- La fabricación de productos por los propios usuarios;
- Plataformas para la expresión creativa de los individuos;
- Medios para alcanzar objetivos comunitarios;
- Métodos, herramientas y técnicas para explorar cómo la convivencialidad puede manifestarse y ser vivida;

- Estructuras de apoyo a la creatividad colectiva (Sanders; Stappers, 2012, p. 7, traducción del autor).

En esta lista, la convivencialidad aparece tanto como algo que debe buscarse y explorarse como un estado que debe percibirse y experimentarse. El propio concepto de diseño no se menciona y, en su lugar, aparece el de creatividad, que abarca un espectro más amplio y difuso de la expresión humana.

Además de las posibilidades de creación y cocreación, es posible identificar referencias a la cultura maker emergente, organizadas mediante redes de aprendizaje que conectan a sus participantes. Impulsada por la convergencia entre prácticas del hágalo-usted-mismo y la difusión de tecnologías de fabricación distribuida, esta cultura promueve procesos de concepción y desarrollo de nuevos productos o la autoproducción a partir de proyectos. Las mismas herramientas de la cultura maker pueden convertirse en objeto de estos procesos, volviéndose, en cierta medida, convivenciales, a pesar de su complejidad tecnológica, ya que los conocimientos están distribuidos entre una parte significativa de la población, y los participantes son capaces de usar, mantener e incluso producir los principales dispositivos. Estos procesos se comparten rápidamente en las comunidades de la cultura maker, generalmente sin ninguna compensación por propiedad intelectual.

Para un diseño convivencial

En *Cuando todos diseñan*, Manzini invita a la comunidad del diseño a “releer a Ivan Illich y su *La convivencialidad* con los ojos y la sensibilidad de hoy, y tratar de poner esas herramientas en práctica” (2015, p. 216). Al llegar a estas conclusiones, se espera que quede más claro por qué es oportuno hacerlo.

Del análisis realizado en este artículo, es posible derivar tres movimientos metodológicos que parecen fundamentar el trabajo de Illich y pueden inspirar un diseño convivencial. Cabe aclarar que se trata de una interpretación, ya que Illich no discute métodos proyectuales de forma explícita, ni sugiere estos movimientos en particular.

De forma resumida, los dos primeros movimientos nos invitan a:

- **Conducir una crítica al statu quo.** En el trabajo de Illich, la crítica abarca la industrialización, con su principio único, la reproducción del programa industrial, y sus procesos estratégicos, como la especialización profesional, la inversión conceptual entre medios y fines, la monopolización y la institucionalización tecnocrática.
- **Imaginar propuestas alternativas, como la convivencialidad,** con sus principios plurales, como la autonomía, la libertad, la creatividad, la equidad, la relación convivencial o el equilibrio multidimensional, y sus procesos estratégicos, como la valorización de la diversidad de saberes, la reapropiación de las herramientas, la recuperación de la relación entre medios y fines o la expresión de la autonomía creadora.

Es importante enfatizar que estos dos movimientos metodológicos no pueden ser trasladados a la lógica del binomio problema/solución, que aparece frecuentemente en el discurso del diseño. Para Illich, la industrialización no es un problema que deba resolverse o explotarse. La convivencialidad no interviene en la industrialización para ajustarla, sino que emerge como una alternativa a ella. Su oposición a la industrialización puede desaparecer pronto y ser reemplazada por su alteridad. Precisamente en esta búsqueda de alteridad del segundo movimiento, es posible identificar un tercer movimiento que nos invita a:

- **Calificar cuidadosamente el ethos de las alternativas.** En la elaboración de la convivencialidad, Illich articula ampliamente sus principios y procesos estratégicos con aspectos que van más allá de la pragmática de la acción, demostrando de forma clara su cosmovisión, ideales, intenciones, deseos e incluso sentimientos. Sus elaboraciones abarcan tanto la esfera técnica como la política y, más ampliamente, la cultural. Sus reflexiones sobre la convivencialidad incluyen incluso la dimensión espiritual. Su discurso toca y motiva a quienes se familiarizan con él. Además, con el concepto de *eutrapelia*, Illich evoca los sentimientos que le gustaría despertar con la convivencialidad.

Sin duda, este último movimiento metodológico es el más importante para promover una evolución del diseño que tenga como objetivo la transformación de las realidades existentes en realidades preferibles. La comunidad del diseño debe expresar directamente cuáles criterios pueden orientar la evaluación de lo que es preferible y cómo se elaboran estos criterios. Específicamente, el movimiento sugiere a los diversos actores que elaboran este discurso, especialmente a quienes trabajan con el diseño para la sostenibilidad y el codiseño, que califiquen de forma transparente sus procesos, así como el ethos que está detrás de la propuesta de sus alternativas. Este ethos debe reflejar inevitablemente su posición, posturas, sentimientos, pensamientos y, ciertamente, su práctica de diseño individual y colectiva. La proposición de la *eutrapelia* es especialmente reveladora del cuidado con el que Illich califica su convivencialidad. Utiliza este término y otros correlatos, como austeridad, amistad, jovialidad y alegría, para caracterizar los diversos matices de los sentimientos buscados por las personas que construyen y experimentan una sociedad convivencial. Al articular conceptos como *eutrapelia*, convivencialidad, autonomía creativa, equilibrio multidimensional y otros términos que Illich elige cuidadosamente para elaborar su discurso, sugiere un *modus operandi* y un *modus vivendi*, así como un ethos de personas en armonía consigo mismas, sus comunidades, la sociedad y el ambiente.

Anteriormente se cuestionaron cuáles son las cualidades de la participación y la colaboración de las personas en las prácticas proyectuales, de la innovación social y de la transición hacia futuros de sostenibilidad que se pretenden en estas prácticas. Ahora, podríamos preguntarnos: ¿qué cosmovisión, postura, ideales, intenciones, deseos, sensibilidades y sentimientos se sugieren en las prácticas proyectuales y cuáles se pretende despertar a través de ellas? Finalmente, ¿cuál es el ethos con el que se hace diseño? El discurso del diseño carece de cuidado en la elaboración de estas cuestiones, lo que evidencia la necesidad general de una mayor exploración conceptual y lingüística de estos temas.

Como se afirmó anteriormente, la propuesta de Illich puede sonar utópica. Sin embargo, no debe considerarse una especulación vana. Por el contrario, se trata de una propuesta orientada a la práctica social. Como toda utopía, nos convoca a ejercitar plenamente nuestra imaginación de posibilidades alternativas. A partir de la imaginación, podemos prefigurar otras sensibilidades para percibir e interpretar la relación entre las personas y el mundo, otras estéticas y, por lo tanto, otras éticas.

Illich afirma que “en nuestros días, existe la tendencia a confiar a un cuerpo de especialistas la tarea de sondear y anunciar el futuro. Se entrega el poder a hombres políticos que prometen construir la mega-máquina para producir el porvenir” (1974, p. 29). Continúa diciendo que un arreglo político verdaderamente alternativo debería posibilitar y fomentar la “capacidad de cada uno para moldear la imagen de su propio porvenir” (1974, p. 29). La convivencialidad puede inspirar caminos en este sentido, también en el diseño. Siguiendo la propuesta de Illich, el alcance del diseño puede ampliarse para abarcar un trabajo colectivo de comprensión crítica de las realidades existentes y de debate sobre cuáles futuros son genuinamente deseables, así como sobre qué transformaciones deben emprenderse para realizarlos. Se trata de un ejercicio autónomo, continuo y pluriversal, que no pretende prescribir modelos ideales, sino sostener las condiciones para la determinación y la transformación de los propios horizontes proyectuales. Como afirma el autor, “no propongo una utopía normativa, sino las condiciones formales de un procedimiento que permita a cada colectividad elegir continuamente su utopía realizable. La convivencialidad es multiforme” (1974, p. 32).

Referencias bibliográficas

- Bonsiepe, G. (2011). *Design, cultura e sociedade*. São Paulo: Blücher.
- Bonsiepe, G. (2012). *Design: Como prática de projeto*. São Paulo: Blücher.
- Bonsiepe, G. (1982). *El diseño de la periferia*. Barcelona, Cidade do México: Gustavo Gili.
- Branzi, A. (1973, January). *The abolition of school*. *Casabella*, (373), 10.
- Ceschin, F., & Gaziulusoy, İ. (2016). *Evolution of design for sustainability: From product design to design for system innovations and transitions*. *Design Studies*, 47, 118–163. <https://doi.org/10.1016/j.destud.2016.09.002>.
- Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Escobar, A. (2007). *La invención del tercer mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana.
- Frog. (2012). *Collective action toolkit*. San Francisco: Frog. <https://www.frog.co/designmind/collective-action-toolkit-empowering-communities>
- Fry, T. (2019). *Unstaging war, confronting conflict and peace*. Cham: Palgrave Macmillan.
- IDEO. (2009). *Human centered design: Toolkit*. San Francisco: IDEO. <https://www.designkit.org/>
- Illich, I. (1971). *Deschooling society*. New York: Harper & Row.
- Illich, I. (1971). *La sociedad desescolarizada*. Barcelona: Barral Editores.
- Illich, I. (1973). *La convivialità*. Milano: Mondadori.

- Illich, I. (1973). *Tools for conviviality*. New York: Harper & Row.
- Illich, I. (1974). *La convivencialidad*. Barcelona: Barral Editores.
- Illich, I. (1974). *Energy and equity*. New York: Harper & Row.
- Illich, I. (1974). *Energía y equidad*. Barcelona: Barral Editores.
- Illich, I. (1975). *Medical nemesis: The expropriation of health*. London: Calder & Boyars.
- Illich, I. (1976). *Némesis médica: La expropiación de la salud*. Barcelona: Barral Editores.
- Irwin, T. (2015). *Transition design: A proposal for a new area of design practice, study, and research*. *Design and Culture*, 7(2), 229–246. <https://doi.org/10.1080/17547075.2015.1051829>
- Manzini, E. (1990). *Artefatti*. Milano: Domus Academy.
- Manzini, E. (2015). *Cuando todos diseñan: Una introducción al diseño para la innovación social*. Madrid: Experimenta.
- Manzini, E., & Jégou, F. (2003). *Sustainable everyday: Scenarios of urban life*. Milano: Edizioni Ambiente. <https://www.strategicdesignscenarios.net/sustainable-everyday-book/>
- Mauri, F. (1996). *Progettare progettando strategia: Il design del sistema prodotto*. Milano: Dunod.
- Papanek, V. (1971). *Design for the real world: Human ecology and social change*. New York: Pantheon Books.
- Sanders, E. B.-N., & Stappers, P. J. (2007). *Co-creation and the new landscapes of design*. *CoDesign*, 4(1), 5. <https://doi.org/10.1080/15710880701875068>
- Sanders, E. B.-N., & Stappers, P. J. (2012). *Convivial toolbox: Generative research for the front end of design*. Amsterdam: BIS.
- Scrivener, S. (2005). *Editorial*. *CoDesign*, 1(1), 1–4. <http://dx.doi.org/10.1080/15710880412331289935>
- Thackara, J. (2005). *In the bubble: Designing in a complex world*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Wahl, D. C. (2020). *Design de culturas regenerativas*. Rio de Janeiro: Editora Bambual.

Abstract: This article is grounded in the work of Ivan Illich, particularly in his book *Tools for Conviviality* (1973). Illich develops a critique of industrialization and of the unsustainability of what is called development, from which he begins to explore alternative ways of existing, of being with others, and of being in the world. In this trajectory, Illich anticipates issues that design would only begin to explore in the late twentieth century, influencing several authors in the field and, in particular, design for sustainability, co-design, and related approaches such as design for social innovation and autonomous design. The main objective of this article is to discuss these anticipations and articulate them in the formulation of convivial design, understood as a design ethos grounded in his idea of conviviality, through which it seeks to inspire and transform design practices. The analysis of his work makes it possible to identify three methodological movements toward convivial design: (1) conducting a critique of the status quo; (2) imagining alternative proposals; and (3) carefully qualifying the ethos of these alternatives.

Keywords: Ivan Illich - Conviviality - Co-Design - Sustainability - Convivial Design

Resumo: Este artigo baseia-se na obra de Ivan Illich, principalmente em seu livro *Convivialidade* (1974 [1973]). Illich desenvolve uma crítica à industrialização e à insustentabilidade do que se denomina desenvolvimento, a partir da qual começa a explorar formas alternativas de existir, de estar com os outros e de estar no mundo. Nessa exploração, Illich antecipa questões que o design só começaria a abordar no final do século XX, influenciando diversos autores da área e, em particular, o design para a sustentabilidade, o codesign e outras abordagens relacionadas, como o design para a inovação social e o design autônomo. O principal objetivo deste artigo é discutir essas antecipações e articulá-las na formulação do design convivial, entendido como uma ética de design fundamentada em sua ideia de convivialidade, por meio da qual ele busca inspirar e transformar as práticas de design. Uma análise de sua obra revela três etapas metodológicas em direção ao design convivial: (1) criticar o status quo; (2) imaginar propostas alternativas; e (3) definir cuidadosamente o princípio fundamental dessas alternativas.

Palavras-chave: Ivan Illich - Convivialidade - Codesign - Sustentabilidade - Design convivial

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo.]

Carlo Franzato. Doctor en Diseño y Tecnologías para la Valorización de Bienes Culturales, Politecnico di Milano, Italia. Licenciatura en Diseño Industrial, Politecnico di Milano, Italia. Profesor Asociado del Departamento de Artes & Design de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro y coordinador del laboratorio de diseño socioambiental Ecotopías. carlofranzato@puc-rio.br / <https://orcid.org/0000-0001-7666-7037>